

Cuestiones filosóficas en la literatura colombiana del siglo XXI

Ronald Bermúdez
Instituto Caro y Cuervo



Resumen

El presente artículo realiza un rastreo bibliográfico acerca de la teoría y la producción literarias en Colombia durante el último siglo, específicamente en el último lustro, periodo en el que se evidencia la necesidad de cuestionar las nociones de arte y de crítica literaria, las cuales parecen responder más a las necesidades impuestas al sujeto por una lógica mercantil, que a aquellas suscitadas por la percepción estética de la obra artística.

La intención de este trabajo investigativo es indagar en el campo de la literatura nacional colombiana de comienzo de siglo XXI la intención contestataria, obstinada de algunos autores que pese al influjo poderoso de la lógica capital resisten la imposición de cánones literarios consumistas, prosaicos, degradados y orientan la construcción de su proyecto narrativo en función de crear la filosofía antropológica que aporte respuestas a la pregunta ¿qué es el sujeto?

Palabras clave

Literatura colombiana, análisis literario, arte, estética, antropología filosófica, sociedad.

Recibido: 15 de marzo del 2010 - Aprobado: 15 de junio del 2010

* Licenciado en lingüística y literatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Literatura Hispánica, Instituto Caro y Cuervo. Candidato a Doctor en Literatura, Universidad de Salamanca, España. correo electrónico: bermudez_ronald@yahoo.com

Introito

En el transcurso de este segundo lustro, Colombia ha venido forzando (el verbo no exagera) desde la academia y la crítica especializada el reenfoque analítico de la producción literaria nacional. Aunque su efecto no es inmediato al rectificar concepciones inexactas en torno al concepto de arte y crítica del arte, tampoco puede decirse que sea éste un esfuerzo anémico, aislado o poco funcional. En realidad dicha iniciativa involucra la agencia responsable de centros culturales instalados en el seno de la capital y ciudades principales. Cito a modo de ejemplo intervenciones destacadas con nombre propio: Instituto Caro y Cuervo, Centro Cultural Gabriel García Márquez, Centro Cultural El Eje, Biblioteca Nacional, Biblioteca Luis Ángel Arango, congresos universitarios, Casa de poesía Silva, Festival de poesía de Medellín, Fundalectura y, paradójicamente, la Feria del Libro en sus innumerables versiones, etcétera. Instituciones que propugnan por crear espacios de diálogo con escritores consagrados, reconocidos o aspirantes; autoridades en temas que convocan, propician debates en donde discutir las problemáticas múltiples de la escritura literaria, y finalmente preconizan la necesidad de adoptar posturas críticas frente a la crítica viciada. Sin duda, iniciativa noble (tanto como perentoria) surgida en circunstancias odiosas: la degradación estética que propala a través de la crítica comprometida con el imperio de la lógica mercantil.

Esta especie de pandemia, secreto a voces, sustrae al arte su esencia, propicia modificaciones de orden epistémico que resemantizan la producción intelectual del hombre, la encauza según lineamientos pragmatistas e impone en su gestación orientaciones teleológicas intrascendentes. Desde el punto de vista estético y filosófico el hecho descrito constituye un fenómeno universal rizomático que desata en América Latina, inclusive, el ajuste de la creación literaria según el principio oferta-demanda inherente a la industrialización cultural¹.

¹ El hilo articulador de los ensayos publicados en *Palabra de América* (Seix barral, 2004) es la preocupación que para autores como Roberto Bolaño, Santiago Gamboa, Mario Mendoza, Edmundo Paz Soldán, Jorge Volpi, Jorge Franco, entre otros,

Si es esta la lógica universal que prevalece cabe preguntar: ¿qué puede o debe hacerse ante un fenómeno irrevocable que subsume en su inercia el quehacer intelectual, que trivializa el discurso estético científico al legitimar la crítica clientelista o *reaccionaria*?² En Colombia, al intentar salvar el bache de la impostura (de la lógica mercantil sobre la objetividad analítica, quiero decir) se actualizan enmiendas conceptuales que habrán de purgar la crítica literaria de intereses extraestéticos. Por ejemplo, “perdida la fe ciega depositada en el concepto de generación” se sugiere la idea *promoción*.

A raíz de esta inclusión, elemental apenas en apariencia, se difuminan las diferencias de orden cultural que permitieron hasta ahora el encasillamiento de la producción literaria de acuerdo a criterios como edad (o año del autor), intereses temáticos y características formales de la obra; se considera el tratamiento distinto de la dialéctica inter-generacional, no se juzga anacrónica la confluencia de alternativas estéticas dispares, se hace necesaria la estructuración de un nuevo canon literario exorcizado de la tradición a través de rituales parricidas, emerge explícita la relación entre teoría crítica literaria y disciplinas como historia de la cultura, estudios culturales en aras de profundidad analítica al estudiar las opciones temáticas que

representa pensar la responsabilidad ética del escritor en un momento histórico en que la literatura deviene ámbito colonizado por la lógica del capital. En este contexto se resuelve: ¿Qué debe entenderse por literatura? ¿Cuál ha de ser su función? ¿Cuál es el *leit motiv* auténtico subyacente al quehacer artístico? ¿Qué posiciones contingentes asumen el escritor y la literatura para resistir el embate del ejercicio del poder y la industria? Todas las respuestas giran en torno a categorías mercantiles justificantes de la sentencia que en el ensayo inicial expone Roberto Bolaño: “el escritor escribe por reconocimiento”.

² Hans Magnus Enzensberger ubica en el plano de la crítica estética dos intenciones antitéticas. La crítica progresista (minoritaria y marginal) opera sobre la duda, pretende autonomía y objetividad en el análisis estético; en las antípodas se erige la crítica reaccionaria, (favorecida con diferencia) definida como paradójica, contradictoria, acomodaticia, partidaria de legitimar criterios extra-estéticos que operan a favor de la mercantilización del producto artístico y en contravía de la autonomía artística. En *Aporías de la Vanguardia*.

propone la novela actual; en consecuencia, se acuerda la legitimación de la dialéctica urbe-sujeto como objeto de conocimiento³. Significa esto que a partir del escudriñamiento de la relación dialógica entre sujeto y urbe se pretende resolver interrogantes de orden existencialista desde hace tiempo asumidos como propios por la literatura.

Si bien en el campo literario nacional delimitado predomina la diversidad formal, estilística y temática, la unidad conceptual no constituye un impedimento. Subsiste aún, aunque latente, en la presencia minoritaria de proyectos narrativos la reflexión filosófica que deviene hilo articulador de apuestas autónomas desinteresadas, y a su vez se instala a modo de criterio definitivo funcional al separar de la Literatura (escrita con mayúscula) la “literatura ligera”. En la literatura colombiana se desarrollan de manera sincrónica apuestas estéticas definibles dentro de la novela histórica, negra o policiaca y novela de conocimiento; se apuesta también por el desarrollo de ficciones narrativas de índole realista, testimonial, biográfica o autobiográfica que han colonizado géneros como el cuento y la poesía⁴. Expuesto lo anterior es válido preguntar: ¿hacia dónde apunta el objeto estético aludido, articulado en medio del dialogismo sincrético propio del campo literario colombiano? Al dejar de lado especificidades experimentales o distinciones de orden formalista está claro que el

común denominador será la reflexión centrada en construir una filosofía antropológica que dé cuenta del ser, de su existencia y su relación con el contexto⁵. Sin embargo, cabe precisar, la pretensión filosófica mencionada no soporta generalizaciones; es en realidad la posición menos recurrente.

Veamos: el problema surge cuando se revisa en detalle la interrelación emergente entre contexto histórico y producción artística literaria. Me

Hoy se da prelación a intereses extra estéticos, se destierra del ámbito del arte la preocupación filosófica y se sustrae al arte su condición esencialista; es decir, su condición artística estética

refiero al proceso global llamado “reificación del hecho artístico”. En términos generales (que son comerciales) pueden ser más las ventajas; pero, ya desde un punto de vista estrictamente estético-objetivo no deja de ser preocupante que el proceso de tecnificación e industrialización (tecnificación de los mecanismos de producción y difusión del arte asumido como producto de comercio) motive la degradación ética y estética del arte en su conjunto. La literatura colombiana de este siglo no es ajena al fenómeno⁶. La ética capitalista que

³ Al respecto puede leerse Giraldo (2002; 2000).

⁴ Las razones atribuidas al ocaso o crisis de la poesía en Colombia luego de la década del 70 son: “una supuesta no participación en los conflictos y debates fundamentales de nuestra época” y como consecuencia “la traición de que ha sido víctima por parte de sus lectores”. La acusación es del todo injusta, producto de la incompetencia lectora inhábil al descodificar los sistemas simbólicos a través de los cuales la poesía sugiere otras realidades posibles opuestas a la insidiosa realidad presente. En el discurso de aceptación del premio Right Livelihood o Nobel alternativo de la paz concedido al Festival de poesía de Medellín versión 2006 por sus esfuerzos en construir la paz, Fernando Rendón (director) expuso el compromiso social de la poesía, destacó su papel histórico en la transformación del espíritu humano, su participación crítica en la lucha de los pueblos por “la certeza de una edad sin opresión”; argumentos que desvirtúan tal imputación. (Jiménez, 2007; cote, 2007).

⁵ En el sentido que propone Ernest Cassirer en *Filosofía antropológica*. Es decir: un replanteo de la sentencia platónica “conócete a ti mismo”, basado en la adecuación de conceptos como individualidad, otredad, obra e historia.

⁶ En el texto “La narrativa colombiana del siglo XXI”, de Patricia Trujillo Montón, (2007) se esboza un estado del arte de la narrativa colombiana considerando como categoría central en su estructuración el fenómeno de industrialización del arte. En estas páginas se menciona, de manera bastante sintética, la variedad estilística y temática que en los últimos 15 años ha ofrecido la literatura nacional debido a la presencia sincrónica de escritores de edades dispares. Un ejemplo de esta tendencia está dado por la novela policiaca de Santiago Gamboa y Mario Mendoza, y la novela epistolar *Una lección de abismo* de Ricardo

impone al arte la satisfacción de los intereses del pueblo, la concesión tendenciosa de sus apetitos, el prosaísmo estético, la confusión entre goce estético y fruición prosaica ha degradado el compromiso asumido por el artista en la construcción democrática del saber. Hoy se da prelación a intereses extra estéticos, se destierra del ámbito del arte la preocupación filosófica y se sustrae al arte su condición esencialista; es decir, su condición artística estética⁷.

¿Cómo puede pensarse una literatura coherente con las exigencias epistémicas del contexto; esto es, estéticamente trascendente, éticamente comprometida con la evolución intelectual de la humanidad cuando en el contexto sociocultural lo que predomina es la sinonimia entre arte y divertimento evasivista? ¿Es necesario, por

cano Gaviria (1991) [recientemente, *Buda blues* de Mario Mendoza, 2009.], o la novela urbana, la narración histórica de William Ospina. El texto propone una reflexión, en tono de denuncia, en torno al incremento de la publicación de novelas en Colombia en los últimos 20 años. Frente a este incremento de la oferta se hace cada vez más evidente la imposibilidad de la crítica literaria especializada de dar cuenta de la producción. Se denuncia también el factor adverso que representa sobre la tarea crítica objetiva el mercado literario, en tanto ejerce presión sobre los autores, privilegia determinados temas, técnicas y modas narrativas; subraya el aumento de la presión ejercida a raíz de la desaparición de los suplementos literarios, espacios radiales, televisivos y publicaciones periódicas en que la crítica literaria independiente de las editoriales ejercía su derecho y deber de juzgar las obras. A pesar del carácter relevante que alcanzan algunos nombres y proyectos narrativos desinteresados, el panorama es desesperanzador en tanto el éxito de ventas funja como criterio predominante a la hora de publicar.

⁷ Estas reflexiones hacen parte de las preocupaciones filosóficas de Walter Benjamín: “La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica”, en: *Discursos interrumpidos I*. Taurus. (1989), Umberto Eco: “Estructura del mal gusto”, en: *Apocalípticos e integrados*. Max Horkheimer y Theodor Adorno: “La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas”, en: *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana (1988), Pierre Bourdieu: *Las reglas del arte*. (1995), Jesús Martín Barbero “Figuras del desencanto” “la muerte del arte del fin del siglo” y *De los medios a las mediaciones*.

ejemplo, aceptar la tesis de Josefina Ludmer?⁸ (2007), quien cree que a la sombra del concepto *industria cultural* ha surgido una nueva *episteme* que obliga, desde el punto de vista estético, aceptar que a diferentes medios de producción corresponden distintos medios de recepción. ¿Debe aceptar la crítica literaria que se impute impropio la percepción del hecho artístico literario en términos de bueno o malo, en términos de lo que es y aquello que no es pese a las apariencias?, ¿debe aceptar la teoría estética que la nueva *episteme* y pérdida de autonomía de la literatura obliguen a leer y a aceptar como literatura productos que no lo son?

Es fácil estar de acuerdo con la idea de que la evolución tecnológica ha arrojado como resultado una nueva sensibilidad y que en aplicación rigurosa de los preceptos de la teoría de la recepción y el “pluralismo social” del que habla H. M. Enzensberger es necesario considerar los distintos modos de lectura a que se puede prestar un texto. Es posible aceptar que la literatura hoy debe responder a distintos interrogantes, que la realidad y su concepto se han modificado, que los límites entre realidad y ficción se han desdibujado, aceptar que la literatura se nutre de subgéneros argumentativos y discursivos, que debe eliminarse la concepción anticuada de literatura para poder responder a la tarea crítica objetiva de aquello que hoy se concibe y acepta como producción literaria.

En aquello que no se está de acuerdo, y al respecto la posición de la crítica es irreductible, es en aceptar que esa nueva *episteme* de la que habla Josefina Ludmer, esa pérdida de autonomía de la literatura y la presencia imponente del discurso de industrialización cultural generen a corto plazo la degradación absoluta de la creación artística. Es imposible aceptar que el arte ha encontrado su fin en la predisposición y planeación capitalista de la estructura social globalitaria tanto como resulta inadmisibles creer que la industria cultural ha logrado la homogenización mercantilista de

⁸ Ludmer Josefina: Literaturas posautónomas. En *Ciberletras: revista de crítica literaria y de cultura*. Núm. 17. 2007. www.dialnet.unirioja.es www.lehman.cuny.edu.

las propuestas artísticas existentes. La intención de este trabajo investigativo es indagar en el campo de la literatura nacional colombiana de comienzo de siglo XXI la intención contestataria, obstinada, de algunos autores que pese al influjo poderoso de la lógica capital resisten la imposición de cánones literarios consumistas, prosaicos, degradados y orientan la construcción de su proyecto narrativo en función de crear la filosofía antropológica que aporte respuestas a la pregunta ¿qué es el sujeto?

No generalizo, no digo que la obra de autores como Santiago Gamboa, Abad Faciolince, Mario Mendoza y William Ospina sea filosóficamente relevante en su totalidad. Me limito a comentar del conjunto de su obra narrativa algunos textos que se ajustan a esta intención contestataria, minoritaria, que busca preservar la dignidad de las letras

nacionales tomando posición por la literatura en función del conocimiento profundo del individuo, la comprensión de traumas y taras sociales que recibe como legado cultural, la reinterpretación de su pertenencia a esta estructura social, de la explicación del contexto, la interiorización crítica de la realidad que le ha correspondido en suerte vivir, y, finalmente, la creación de la realidad a partir de la construcción del presente articulando en él o a través de él la vida íntima de los sujetos individualizados en cualquier isla urbana. Lo que se pretende es analizar, ante la imposibilidad de proponer una literatura evasiva, que no sea realista, urbana o violenta, las alternativas consideradas por los escritores al participar de la definición del sujeto en el contexto sociocultural de esta América Latina totalmente sometida a ideologías capitalistas.

Deconstrucción, fenomenología y literatura

Apuntes hacia la definición de un modelo lector

“La fenomenología pone de manifiesto, saca a la luz las operaciones de una subjetividad fundadora de sentido. Sustituye la actitud ingenua de las ciencias por una actitud contemplativa” (Habermas, 1997: 36).

No está de más recordar que en lo referente al estudio objetivo de literatura, estética, y filosofía en Colombia existen reflexiones rigurosas aún en boga que valdría la pena repasar; que instauran precedente e indican el surgimiento de un pensamiento crítico progresista y contestatario; que tienen en común el interés filosófico por las letras nacionales releídas al trasluz de compromisos a que constriñe la modernidad capitalista⁹. Mi interés

no es parafrasear tales desarrollos teóricos; lo es en cambio, subrayar que pensar diacrónicamente la dialéctica entre creación artística, sociedad y cultura, determinar el principio de causalidad que define su lógica dialogal y evolutiva ha permitido redimensionar en su estudio actual cada término involucrado. Sin duda, una afirmación sencilla y sin embargo obvia apenas en apariencia.

En Colombia resulta inaceptable que pese a la pertinencia de reflexiones de este calibre, participativas en la comprensión de la crisis universal, sus enfoques críticos no trasciendan la teorización academicista circunscrita al claustro universitario. Bien visto, tales reflexiones se debilitan en el circuito de la comunicación social; de hecho, se desvirtúan al chocar de modo abrupto con prejuicios infundados arraigados en la base cultural de los pueblos latinoamericanos. Por su protuberancia destaque, quizás a modo de ilustración, aquella credulidad inocente en lo *verdadero y concreto* de la realidad que se percibe, pues en la percepción de esta realidad última, cierta actitud acrítica

⁹ Me refiero a los textos “Literatura en la revolución y revolución en la literatura” de Óscar Collazos. “Literatura colombiana un fraude a la nación” de Gabriel García Márquez, los ensayos de Fernando Cruz Kronfly, *La sombrilla planetaria* y *La tierra que atardece. De la barbarie a la civilización* de Rafael Humberto Moreno Duran. “Crisis de fe” de Héctor Abad Faciolince. Las reflexiones, sacralizadas ya, de Estanislao Zuleta y Rafael Gutiérrez Girardot.

(definida por la dicotomía aceptación pasiva e imposición arbitraria de modelos ideológicos desde el discurso mediático) obstruye la construcción autónoma y racional de un marco referencial lógico y objetivo que objetive, a su vez, procesos de significación social. Se erige factor desencadenante de interpretaciones incoherentes del presente, actitudes equívocas por parte de los sujetos, estimula la crítica pesimista, anti-propositiva; si se quiere, en pocos términos, promueve el estancamiento social del arte, del pensamiento, y la consecuente aceleración de su degradación.

Nótese cómo en dicho contexto pasivo, por antonomasia, lo verdaderamente obvio es la consecuencia lamentable desprendida del autismo



contemporáneo generalizado: recrudescimiento de la crisis individual y colectiva que perfila la evolución social y cultural. En este punto se imponen dos interrogantes: ¿es la indiferencia ante la comprensión de la realidad producto del desinterés que genera en conciencias tan lúcidas como desesperanzadas la pérdida de fe en el cambio social?, o ¿es en realidad la actitud, nociva pero consecuente, de un pueblo que acostumbrado a la marginalidad opresiva renuncia a construir ideas propias, a tomar posición frente a las dinámicas sociales en un mundo globalizado apático a la diferencia? Cualquiera sea la actitud implementada para hacer

frente a esta situación, procurará agotar estrategias en la motivación del activismo intelectual, la orientación de formas comprometidas de participación, generación de modelos analíticos que denuncien la falsedad inherente a lo verdadero, y el superficialismo de aquello que consideramos concreto.

Si se acepta el arte como vehículo de sistemas de pensamiento interpretativos de la realidad, dicha responsabilidad, (la de delatar las orientaciones críticas del texto) recae en la teoría estética. En consecuencia, su tarea es difundir y hacer asequibles sistemas analíticos (inherentes a la obra) que sobre la totalidad de las prácticas sociales, las creaciones del hombre, los productos culturales despliega el autor. Su objetivo esencial es resistir la uniformidad en procesos de representación reducidos a la refracción mimética de una versión de la realidad tan acomodaticia como excluyente. Pese a los pocos ejemplos que puedan subrayarse de crítica certera aún cabe preguntar: ¿por qué a pesar de la existencia de discursos críticos escépticos de esta realidad prefabricada (sostenida con discursos altruistas hipócritas, destinados a la magnificación del carácter trágico e insoluble de la crisis mundial), discursos que ven en la realidad apenas un sofisma de distracción, un adefesio antepuesto al quehacer filosófico, el problema de la interpretación deficiente persiste?. Tras la duda vale la pena insistir: ¿qué se entiende por teoría estética? ¿Quiénes son responsables de la formulación y aplicación del concepto?

Formulada la pregunta, no constituye digresión alguna si traslado la discusión al plano de la educación. Según entiendo, las razones deben buscarse en la instauración de políticas públicas que orientan de modo inadecuado los objetivos de la educación. Las instituciones encargadas de garantizar dicho derecho, tanto políticas como formativas, privadas o públicas, *no deben* ser mecanismos de difusión, mucho menos de imposición de ideologías enajenantes; deben negarse categóricamente a la erosión del espíritu crítico. En este pueblo, la discusión se ha viciado de modo ladino. Al colombiano se le vende la idea de “competitividad”, se le ha elaborado como complemento el mito de la dignidad a razón de sus posibilidades

de inclusión en una lógica capitalista, a menudo disfrazada de entretenimiento y cultura, que exige productividad más no racionalidad. Así, la educación se inclina hacia la tecnificación (subsidiaria del maniqueísmo); las ciencias humanas, vías de acceso a la comprensión de la condición esencial de nuestra especie, pasan a un segundo plano. Asimismo, se priva al hombre de los medios de acceso al conocimiento, se desvirtúa la opinión pública: ¿qué puede opinar la tribu si no entiende los pliegues de su propia identidad, tampoco los mecanismos empleados para la definición de su universo social? Luego de la incertidumbre tendenciosa y el silencio se instaura la versión de la realidad caótica que conocemos.

En beneficio del pensamiento crítico que permita superar el trauma de la impostura deben desecharse, dada su ineficacia, paradigmas de organización que en su afán por prestar solución inmediata a los problemas concretos, promueven soluciones infundadas y temporales en lugar de lúcidas y definitivas. El método a seguir, en apariencia reaccionario, ve en la tecnificación de la educación, más que un fin en sí mismo, cierta estrategia contradictoria al desarrollo libre del pensamiento. El objetivo trazado requiere la planeación de cátedras honestas, libre-pensadoras que hagan uso inteligente de las pocas horas presenciales que deja la reforma curricular. Es, para más señas, un compromiso individual, orientado a desterrar de las aulas el espíritu de la mediocridad, que reprueba la insuficiencia en el análisis textual. El modelo ve en los enfoques ofrecidos por los discursos deconstruccionista y fenomenológico posibilidades de abstraer de entre las representaciones y elaboraciones simbólicas incluidas en los textos literarios perspectivas críticas de la realidad, promotoras de un pensamiento capaz y comprometido con la percepción hipercrítica del mundo objetivo y sus fenómenos.

Veamos el siguiente contraste: a través de los recursos de análisis inadecuados (clásicos en la hermenéutica literaria) suele enunciarse apreciaciones facilistas tanto como desfasadas al juzgar el realismo literario. Media en la actualización de juicios evaluativos la duda que simplifica la poetización

de lo real representado al sentenciar que el realismo literario consiste sólo en la recreación de universos paralelos funcionales según lógicas análogas: esta idea demanda del arte reproducción mimética, no interpretación. De otro lado, desde el modelo analítico filosófico adecuado, media en la estructuración de juicios de valor, ya no la duda, la consciencia lúcida del grado de complejidad propio de la representación poética.

El análisis busca (en la base del sistema simbólico creado a partir de la relación dialógica entre sistema de personajes, tiempo, espacio, narrador-autor, contexto de producción versus contexto de

El carácter sublime del realismo literario se halla en que la postura evaluadora de la realidad permite no la solución de problemáticas sociales, sino el descubrimiento de la esencia misma de lo real, el reconocimiento de las diferentes caras que le compone

recepción, riqueza, cohesión y coherencia de las voces presentes en el universo narrativo), perspectivizar la verdad aludida, argumentar o rebatir su trascendencia. En segundo lugar, cuestiona el entramado de problemáticas sociales diversas, individuales, simbólicas, concretas, que legitiman los conceptos de crisis de la modernidad y miseria humana como universales culturales. Por último, deconstruye el universo discursivo elaborado, dimensiona sus sentidos. Es decir, transgrede la relación signo-significado y expone la esencialidad inmanente al objeto, el discurso, el hombre y su realidad; ve en la literatura de la violencia actual una lectura diferente del fenómeno y no una réplica de modelos pasados.

Dicha esencialidad radica en su riqueza. El proceso de alteración de la lógica compositiva de la realidad exige de parte del artista un ejercicio riguroso (filosófico) no tanto de destrucción de la realidad a representar como de reconstrucción dialéctica, a partir de los elementos integrales del

todo, de una infraestructura lógica y reveladora de las riquezas (en el sentido goldmaniano, es decir, estrictamente ideológicas) de la realidad. Es este proceso de recepción, destrucción, deconstrucción y reconstrucción dialéctica aplicado sobre la realidad uno de los saberes heredados de la tradición. Por lo menos así queda explícito en la definición de lo real maravilloso americano propuesta por Carpentier, aunque en lugar de lo milagroso o sobrenatural el mismo procedimiento se oriente a la revelación de lo esencial del fenómeno:



Pero es que muchos se olvidan, con disfrazarse de magos a poco costo, que lo maravilloso comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las invertidas riquezas de la realidad, de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce a un modo de estado límite. (Carpentier, 2003: 39).

El procedimiento (tanto recreador como interpretativo) es bastante confuso, y ante la ambigüedad

irrecusable en las preguntas *¿existe la realidad?, ¿es la realidad (en toda su complejidad) la imagen que de ella podemos reconstruir a partir de sistemas sígnicos que permiten su aparente representación?, ¿qué se entiende por relativismo realista o realidad plurideterminada?*, el panorama resulta preocupante. Cualquiera sea la idea que poseemos de la realidad (oficial, paralela o contestataria) es apenas aprehensión mínima de un conjunto que en esencia resulta inabarcable. No es real sólo lo tangible y manipulable (desacierto heredado del positivismo); junto al universo objetual existe un universo abstracto muchas veces irrepresentado. El objeto estético del arte literario realista no debe estar supeditado a las limitaciones del recurso estético expresivo del que se vale, tampoco debe sesgar el ejercicio creativo al aceptar por toda realidad (o realidad única) la versión unilateral que institucionaliza el discurso dominante.

Ante la duda que suscita la existencia o inexistencia de la realidad, ¿cómo deben interpretarse sus efectos?, ¿qué debe entenderse por desrealización al representar la realidad?, ¿cuál es su funcionalidad analítica? El concepto hoy aplicado al análisis de la realidad propuesta por las letras colombianas difiere, radicalmente, del propuesto inicialmente por Ortega y Gasset, quien asume la desrealización como un procedimiento congénito al arte: “En el arte se trata siempre de escamotear la realidad que de sobre fatiga, oprime y aburre al hombre fuera del arte. Es prestidigitación y transformismo” (Ortega y Gasset, 1963). El aspecto complejo de la desrealización surge cuando es necesaria su aplicación sobre la realidad objetiva y cotidiana sin alterar su aspecto exterior, sin escamotear su crudeza.

Ante la ambigüedad, su carácter plurideterminado y demás características atribuidas a la realidad la respuesta estructurada apunta a desrealizar la versión oficial de la realidad impuesta; no tanto para denunciar la degradación constante de sus instituciones, sino para comprender la forma en que extravían su autonomía al observar de manera casi irracional los principios de una versión paralela que desmiente la realidad objetiva buscando manipular el librepensamiento. Es

decir, se desrealiza (en el sentido primario atribuido al término) cuando los procesos de interpretación se actualizan no desde una subjetividad consciente y racional sino desde los modelos pre-elaborados que tratan de imponer una versión de la realidad beneficiosa a los intereses particulares de los detentores del poder.

En conclusión, la ambigüedad en la definición del concepto frustra todo proceso de construcción de una base conceptual sólida sobre la cual civilizar la sociedad, generar identidad, promover el desarrollo integral del sujeto. Por otra parte, esta anomalía que hace de la realidad un fenómeno indecible no se resuelve homogenizando la cultura a fuerza de arbitrariedades: la realidad no debe asumirse nunca como impostura homogenizante. Tal vez, si se busca la solución, habría que empezar a considerar que en la crítica literaria la valoración de la realidad representada empieza por la aplicación del modelo materialista dialéctico que debe el principio articulador del conjunto, no en el sentido de un materialismo dialéctico positivista (miope) que, supeditado a la valoración de realidades parciales, desconoce la dimensión del conjunto. La esencia misma de la realidad no es deducible en su fragmentación; lo es en su deconstrucción; en tanto que la posibilidad de alterarla está en la comprensión de los sistemas simbólicos que intentan su representación analítica.

Incluyo la siguiente precisión: la realidad se compone de tres esferas articuladas, a saber: exterioridad objetiva (realidad real, aunque no se esté de acuerdo con el sentido atribuido a tal término), exterioridad subjetiva (producto de mediaciones) y subjetividad abstracta (aquello no comunicado y que resulta difícilmente deducible de un modo acertado). El grado de complicación al interpretar es proporcional al grado de dificultad al limitar la ambigüedad de estos tres aspectos. La teoría de la acción comunicativa exige del diálogo orientado al acuerdo de sentidos, la contrastación dialéctica de imágenes de mundo (mundos de la vida); no da pie a imposturas. La literatura, en su rol de interlocutor, habrá de confrontar las versiones existentes de la realidad (discursos), no con el objeto de proponer una interpretación conclusiva, sino con la determinación de criterios generales que permitan

evaluar esta realidad que reconoce como suyos el relativismo y la indeterminación.

Otro aspecto del problema, además, es el relativismo en la noción de verdad. Aún no se han acordado criterios concretos capaces de instaurar verdades universales. Si la consolidación de la cultura y de las diversas civilizaciones se ha adelantado sobre la base de tal desfase en la estipulación de criterios unívocos, resulta harto evidente que el horizonte interpretativo que sirve a los sujetos como marco referencial en ulteriores procesos de interpretación y asimilación de la realidad parte de la ambigüedad como estadio primigenio. De esta manera, la comunicación como utopía, el monadismo, el aislacionismo y demás problemas relativos a la incompreensión en contextos comunicativos justifican una vez más el estado de cosas que exhibe la realidad.

La recuperación del pasado histórico, el ejercicio de la memoria son entonces procedimientos complejos que buscan configurar la infraestructura conceptual sobre la cual se modela el presente y se perfila el futuro

Ahora bien, si para la literatura la realidad es un hecho polivalente, multidimensional, cuya exploración genera realidades paralelas, corresponde a la crítica dar cuenta de mecanismos y grados de imbricación constitutivos de lo real objetivo poetizado, hacer explícito el objeto estético inherente al sistema articulado. En este orden de ideas se deduce: tanto en el plano de la representación poética como en la estructuración de un sistema filosófico funcional a la interpretación de aquello poetizado sólo es posible la construcción de ideas concretas a partir de la valoración del conjunto como unidad de sentido. Es decir, la representación mimética (atribuible a todo realismo estetizante), desvinculada de

un sistema filosófico analítico, deviene recurso inoperante si se persiguen objetos estéticos trascendentes. La representación lograda carece de sentidos relevantes, constituye la refracción superficial de hechos que no deben ser analizados en desconocimiento de su naturaleza dialógica: toda versión de la realidad será parcial; su todo no es producto (como sugiere el principio cartesiano) de la articulación entre sustancia pensante y sustancia física. Al final, la indecidibilidad resultante se debe al carácter difuso, multiforme y heterogéneo de los mismos elementos que la integran.

Tanto en el plano de la representación poética como en la estructuración de un sistema filosófico funcional a la interpretación de aquello poetizado sólo es posible la construcción de ideas concretas a partir de la valoración del conjunto como unidad de sentido

La literatura realista colombiana del XXI explora el polimorfismo unificado de la realidad. Según se lee, integra la unidad de conjunto denominada realidad nacional: secuelas irreversibles que ocasionan procesos de aniquilación cultural, procesos de construcción social que en aras de una organización progresista implantan la catástrofe como invariante socio-histórica, la discontinuidad tímida de tendencias contestatarias, el sinsentido de una sociedad frívola y vacía, indefinición identitaria, autoafirmación condicionada, escisión cultural, disociación social, seudo-individualismo, la asfixia tras interiorizar (de modo irrecusable) patrones arbitrarios que amordazan la construcción del sujeto crítico, el carácter difuso de una organización social cuyo rasgo predominante es el instinto predatorio, las diferentes versiones de la crisis existencialista de los sujetos desposeídos cuya realidad degradada y depreciada continúa su degradación progresiva y vertiginosa.

Para entender la sociedad del no valor, apuesta reincidente en las letras nacionales, parte de las ideas que habría que considerar empiezan por la muerte de los grandes relatos, cuyas consecuencias inmediatas son: la relativización del concepto de moral, la no disyuntiva resultante que acompaña al sujeto moderno en la determinación de su destino, la muerte de dios y en consecuencia la idea desesperanzada de destino, presente y futuro. De otro lado, genera la configuración de un tipo de sociedad diferente en que se desmitifican los valores trascendentes a raíz de la imposición de ideologías capitalistas y espíritu de mercado; nuevo logos determinante en las relaciones interpersonales; la lucha salvaje por el poder y la consecuente cosificación de la sociedad y sus agentes; renovación de la cultura y la inutilidad del sujeto, del otro, de la fuerza de trabajo, etcétera. Si bien lo anteriormente mencionado puede ser suficiente para construir una imagen de la realidad, la propuesta realista en la literatura y el arte se preocupa por entender la idea que articula el conjunto, que le proporciona unidad, para posteriormente intentar crear una realidad paralela interpretativa de la realidad real.

Toda manifestación artística ignorante o ajena a las necesidades que expone el contexto en que se crea es arte menor. La literatura no debe desentenderse de dicho problema. En la medida en que se desentiende del contexto cultural, la cotidianidad, la sociedades problemáticas de los sectores populares, las arbitrariedades y contradicciones del estado, puede determinarse en su interior una doble desublimación. Como primera medida pierde su carácter artístico, su trascendencia estética, su sentido social; renuncia a las posibilidades de generar efectos de sentido modificadores de estados de cosas y formas de pensamiento. De otro lado, si busca recrear una versión falsaria de la verdad y divulgarla e intentar legitimarla, esto es resultado de su renuncia al sentido contestatario que siempre debe acompañar al arte. El carácter sublime del realismo literario se halla en que la postura evaluadora de la realidad permite, no la solución de problemáticas sociales, sino el descubrimiento de la esencia misma de lo real, el reconocimiento de las diferentes caras que le

componen. Un claro ejemplo de este proceso de desublimación es la legitimación del kitsch como modelo estético que asciende a nivel de arte y de literatura incluso aquello que está lejos de parecerlo.

No obstante, poetizar la realidad no se restringe al presente caótico, tampoco lo concibe fuera de sus relaciones espacio-temporales; comporta construcciones epistémicas colectivas mediadoras en prácticas sociales. Su formulación, y esto es obvio, está anclada a la evolución histórica. Dado este relacionismo dialógico puede deducirse que el realismo estético literario abarca la inferencia del futuro en consonancia con el pasado y el presente que le condicionan. Desde esta óptica, la historia no es más que un afán descriptivo y quizás explicativo de las diferentes versiones de la realidad representativas de una época. De la época nos interesa no sólo su especificidad espacio-temporal; también el logos instaurado que le singulariza con respecto a otros periodos históricos.

De la deconstrucción derrideana a la “lectura plástica” Usos y desusos en el análisis literario

Según apunta Follari (2003), aunque comparten un mismo origen (la crítica social) y afrontan un mismo destino (conformismo, academismo y renuncia a la potencialidad de subversión), la deconstrucción derrideana y los estudios culturales latinoamericanos son propuestas disímiles, independientes entre sí en su desarrollo; son análisis y síntoma de la simplificación de la experiencia, la exacerbación del consumo, la cosificación e industrialización cultural. Participan de la progresiva literaturización de las ciencias sociales, la invasión de las humanidades sobre las ciencias sociales, al punto que la filosofía y la crítica literaria se auto proponen como base de interpretación de los fenómenos sociales. Otro uso del deconstruccionismo derrideano asociado a los intereses y propósitos analíticos de autores “poscoloniales” promueve en el ejercicio de la crítica textual la transición de crítico literario a filósofo o analista político que buscan repolitizar el debate de la dominación. La deconstrucción se postula como *tabla de enjuiciamiento de otros discursos*. Sin importar el carácter

La recuperación del pasado histórico y el ejercicio de la memoria son entonces procedimientos complejos que buscan configurar la infraestructura conceptual sobre la cual se modela el presente y se perfila el futuro. Permite repensar el sujeto a partir de la causalidad sociohistórica que le define: “El sujeto desprovisto de toda alteridad se desploma sobre sí mismo y se abisma en el autismo” (Baudrillard, 2000: 19), pone en perspectiva la imposibilidad del cambio social, la determinación del sujeto como ser residual a partir de su relación con el otro, con el espacio de la urbe. Es, sin duda, una alternativa estética coherente que recusa el experimentalismo formal inoperante (prohijado por la vanguardia) y orienta su búsqueda filosófica revalidando procedimientos artísticos juzgados obsoletos según directrices actualmente vigentes. La trascendencia que pueda alcanzar esta orientación artística en la literatura colombiana depende de la existencia de un aparato crítico coherente.

anacrónico de esta respuesta posestructuralista, su aplicación permite insistir en deconstruir sentidos en medio de la liquidación del sentido promovida por el discurso mass-mediático y desfundamentar el pensamiento (Follari, 2003: 7-49).

No obstante, dicho modelo debe actualizar ajustes que permitan una interpretación más rigurosa del objeto de estudio. Malabou (2008) sugiere revisar la relación triádica dialéctica –destrucción deconstrucción–. En dicha relación se muestra cada una de ellas como pensamiento de lo negativo, como ruptura transformadora. La dialéctica hegeliana pretende en el análisis de la estructura de lo negativo la constitución y el movimiento del ser. La “destrucción” heideggeriana busca en la destrucción de fondos tradicionales fosilizados las determinaciones directrices del ser. Esta “destrucción” no busca anular el pasado, es un movimiento interno e inmanente al contenido filosófico y su propósito es positivo. La deconstrucción derrideana (según Derrida) no es un



“método”, una “crítica” o un “análisis”, es una tendencia intrínseca de la metafísica y no una intervención hermenéutica autónoma y exterior. Si para Derrida la deconstrucción es “más de una lengua”, la operación de ruptura transformadora que opera en ella apunta a la manera como la tradición está estructurada originariamente por una pluralidad irreductible de acontecimientos y de idiomas (Malabou, 2008: 51-56).

En “Sobre un nuevo método de lectura”, Malabou defiende que esta relación de diálogo entre las categorías mencionadas permite un nuevo acercamiento a los textos literarios, y sugiere un nuevo método de lectura, una lectura plástica:

La lectura plástica no se propone mostrar cómo lo mismo ya está siempre minado, acechado o parasitado por lo/el otro; no se trata ya de aprender a vencer la alergia o a prevenir el rechazo, ni de afirmar que la deconstrucción ya opera en la presencia a sí del texto. Lo que conviene es, más bien, hacer aparecer en el texto una forma que es, a la vez, otra respecto a lo mismo y otra respecto a lo/el otro, otra respecto a la metafísica, otra respecto a la deconstrucción. Una forma que es el fruto de la autorregulación de la relación entre la tradición y el sobrepasar la tradición, y que excede al mismo tiempo la estricta

binariedad de los términos de esa relación (...), así pues, lo importante es producir lecturas -lo cual sólo es posible, evidentemente, por la gracia de una nueva escritura o de un nuevo estilo- que no sean ya ni tradicionales, ni destructoras. “Plásticas” sería precisamente su nombre o cualidad (Malabou, 2008: 109, 116).

Esta lectura reconoce que frente a cada presencia objetual referida a través del lenguaje existe una serie de significaciones veladas que pueden hacerse explícitas en el reconocimiento de sus variables condicionantes. La lectura plástica perspectiviza los elementos que inciden en la significación, sugiere los significados patentes, devela aquellos latentes; a la presencia referida de los objetos aporta su visibilidad. Esta visibilidad entendida como exterioridad promueve en el arte la creación de *figuras*, de deformaciones que imponen otra forma a la disposición de unidades lingüísticas: “La estructura figural que hay que intentar hacer aparecer en los textos no es ni una armadura limitadora ni un espacio potencial de dispersión, se trata de hacer surgir en las obras la forma que viene después de la presencia” (Malabou, 2008: 116).

¿Cómo crearla?, ¿qué elementos deben aplicarse para contemplar las formas después de la presencia? La comprensión profunda de los fenómenos entronca esta discusión al discurso fenomenológico. Empecemos por considerar que existen tres hitos fundamentales en la evolución de la fenomenología. En el primero Husserl pretendía la “idea universal de ciencia”, partiendo de una ciencia fundadora (la fenomenología) que permita proseguir el estudio sistemático de los modos de conocimiento subjetivos e intersubjetivos inseparables por esencia del ideal objetivo. En el segundo momento la fenomenología se centra en el intento de fundar una filosofía como disciplina rigurosa del saber. Su fundamentación crítica se apoya en el método fenomenológico descriptivo, en la “puesta entre paréntesis” de la tesis del mundo, para encontrar en su desvelamiento progresivo el *quomodo* de dicha subjetividad operante en la que se revelan los encadenamientos de evidencia. En el último momento Husserl revalida el método descriptivo

en tanto puede revelar el sentido olvidado de la naturaleza. En complemento de este método se sugiere el método genético explicativo, “el método de exploración de la cuestión recurrente que va (del) mundo (originario) de la vida, a las operaciones subjetivas a partir de las cuales se engendra a sí mismo. Estos tres hitos no constituyen procesos independientes (Jaramillo, 2000: 259, 273).

Para una explicación precisa del modo en que procede el modelo lector a la hora de abordar categorías como sujeto, mundo, vida y verdad, me permito citar en extenso a Husserl:

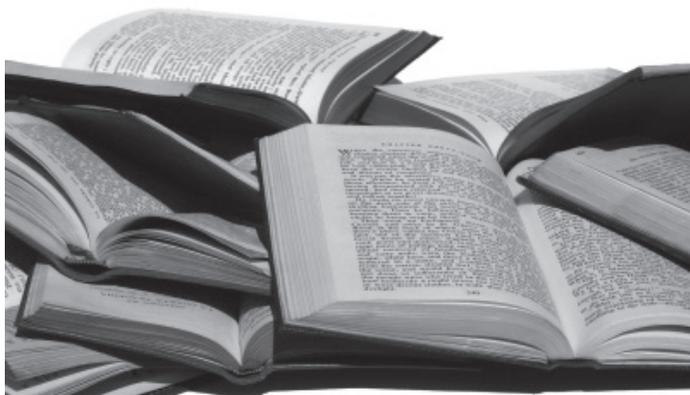
El hombre natural (digamos el del periodo pre-filosófico) esta vuelto hacia el mundo en todos sus actos y preocupaciones. Su esfera de vida y actuación es el mundo circundante que se extiende espacio temporalmente alrededor de él, donde él mismo se incluye. Esto subsiste en la actitud teórica que, en un primer momento, no puede ser sino la del espectador desinteresado en relación al mundo que, con ello, se despoja de sus mitos. La filosofía ve en el mundo el universo de lo existente, y el mundo se convierte en el mundo objetivo frente a las representaciones de mundo, que cambian según la nacionalidad y los sujetos individuales; la verdad se convierte, pues, en verdad objetiva. Así comienza la filosofía como cosmología, dirigida primeramente, como es obvio, en su interés teórico, a la naturaleza corpórea (...). Así todos los sucesos psíquicos, los de cada yo, como el experimentar, pensar, querer, tienen cierta objetividad. La vida comunitaria, la de las familias, pueblos, etc., parece entonces disolverse en la de los individuos particulares, considerados como objetos psicofísicos; la vinculación espiritual por medio de una causalidad psicofísica prescinde de una continuidad puramente espiritual, en todas partes impera la naturaleza física” (Husserl, 1997: 67).

En efecto, si se entiende el terrorismo como trauma inaugural del nuevo milenio no resulta incoherente que la literatura en atención a su

compromiso filosófico (que es análisis de lo político y social) busque conciliar posturas críticas, modos de participación y modelos de mediación asumidos por la filosofía en el transcurso del siglo XX a la hora de interpretar las categorías sugeridas por Husserl. Giovanna Borradori propone aplicar las posturas filosóficas más relevantes a la interpretación de manifestaciones violentas, como el índice del terrorismo imperante. Revisa así conceptos como modernidad, decadencia de los principios de la ilustración que dieron pie al barbarismo político y asume la violencia como producto de una patología común colectiva. Promueve también una reflexión desde los planteamientos aristotélicos respecto de la tragedia y su paralelismo con la filosofía, relee a Kant y a Hegel, quien declaró la razón y su articulación con la historia para definir que sólo el estudio de la historia puede revelarnos nuestra naturaleza y nuestro lugar en el mundo.

La lectura plástica perspectiviza los elementos que inciden en la significación, sugiere los significados patentes, devela aquellos latentes; a la presencia referida de los objetos aporta su visibilidad

En su afán por hacer del terror y la violencia fenómenos inteligibles, puntualiza que los modelos de compromiso social y político se denominan “activismo político” y “crítica social. Al esbozar la actitud crítica que habrá de aplicarse en el estudio filosófico del fenómeno, Borradori parte de Rusell cuyo modelo de la contribución del filósofo, radica en compartir con el público herramientas analíticas, ayudar a pensar temas confusos, separar los buenos de los malos argumentos. De otro lado Arendt destaca la necesidad que tiene la filosofía de reconocer la fragilidad de las leyes e instituciones debilitadas por el advenimiento de la modernidad asumida como paradigma histórico y cultural.



Esta posición es compartida por Habermas y Derrida, quienes ven la filosofía en el contexto de los traumas de la historia europea del siglo XX. Para Derrida, toda palabra se ramifica en una serie de conexiones textuales e históricas. Es por eso que su análisis exige la deconstrucción de ideales que son falsamente neutrales y potencialmente hegemónicos, vehiculados a través de prácticas discursivas. Asimismo subraya la importancia del enfoque existencialista sartreano en tanto permite estructurar una dimensión totalmente nueva al concepto de crítica social: “Al hacer filosofía uno se compromete automáticamente con el esfuerzo de tener en cuenta a su tiempo”. Habermas, por su parte, ubica las razones de la problemática en “el

proyecto inacabado de la modernidad”, la globalización que divide la sociedad, y otorga a la filosofía la tarea de diagnóstico de evaluación orientada a la cura de la violencia, entendida como patología comunicativa.

En conclusión, para Arendt, Habermas y Derrida el primer compromiso de la filosofía es con las leyes o instituciones humanas en la medida que estas evolucionan con el tiempo. A su vez, la literatura colombiana del XXI hace suyo este compromiso cuando contextualiza las secuelas del proyecto de la modernidad, interpreta los soportes sobre los cuales se sostiene el discurso de la globalización,⁵ toma posición e interpreta la relación discurso poder, los efectos de la industrialización cultural, las ideologías dominantes, las directrices legitimadas que orientan los procesos de evolución sociocultural, el sujeto y su dimensión ética, cognoscitiva y física. El primer compromiso filosófico asumido por la literatura, más allá de intentar un activismo político y una crítica social desconectados de exigencias contextuales, es con las leyes e instituciones sociales en la medida que evolucionan con el tiempo y con el individuo y en tanto esta evolución deja su impronta en procesos de fundación ontológica y axiológica, y afecta en su unidad trascendente los procesos de creación y articulación de la sociedad y la cultura.

La literatura colombiana frente a la crítica literaria

Al iniciar un proceso de reconocimiento del interés actual que demuestra la crítica literaria universal por la literatura de países “rezagados”, es notorio que parte de las aproximaciones indagan la trascendencia filosófica de las reflexiones comportadas. ¿De qué modo tales esfuerzos estético-creativos elaboran sistemas “objetivos-universales” capaces de interpretar y explicar el modo en que perciben la crisis y proponen recursos para representar su circunstancia inmediata? En América latina dicho interés queda manifiesto en la considerable producción analítica de la obra de autores como Vila Matas, Volpi, Bolaño, Muñoz Molina... y en Colombia en la obra de Vallejo, Franco Ramos, Restrepo, Ospina, Botero, Serrano, Medina, Abad

Faciolince, Mendoza, Bonnet, entre otros. El panorama es halagüeño, al parecer la presencia de múltiples autores, el reconocimiento significativo de su obra, la aceptación de su participación, la confluencia cada vez más asidua de lectores permiten vaticinar una participación digna de los exponentes autores colombianos en el vasto mundo de las letras universales.

Tantos nombres, una cultura, múltiples enfoques. Si bien puede hablarse de escritores contemporáneos, conocedores los unos de los intereses y de

↔ Al respecto puede leerse el ensayo de William Ospina “El surgimiento del globo” (2001).

la obra de los otros, conformados como agentes culturales en el seno de la misma sociedad, y con intereses filosóficos afines, es evidente que su obra tiene en común la intención manifiesta de la diferenciación, de no parecerse, de ser distinto. Pese a este esfuerzo imperativo la vertiente conceptual de fondo es la misma. El problema existencial abordado es similar, los sujetos y los personajes recreados o representados adolecen de la misma sintomatología; son todos sujetos inadaptados, fracasados, frustrados de múltiples maneras; desesperanzados, víctimas de la micro historia nacional; seres anodinos oprimidos por el poder arbitrario y violento del Estado, marginales del pensamiento crítico; desterrados, perseguidos a causa de sus ideas; incomprendidos, blancos directos o indirectos de la política de terror instaurada por el Estado; remanentes de la pugna bipartidista que polarizó al país y definió los perfiles de su historia; individuos sin tiempo, anclados en el presente, amnésicos (por voluntad) del pasado; sociópatas que se saben sin posibilidad de un futuro mejor.

En las letras nacionales pueden identificarse orientaciones como la tentativa de Fernando Vallejo, quien hace tiempo, desde la década de los ochenta, le declara la guerra a la estupidez nacional, al abuso, la mentira y la violencia. Crea una propuesta hiperealista cínica; recupera la memoria sin miedo a decir la verdad, sin miedo al escándalo:

(...) se puso a contar cinematográficamente esta Colombia nuestra que es inocente y malintencionada al mismo tiempo, este país violento que se desangra vertiginosamente como si no pasara nada y que perdido en sus fanatismos patina en su propia historia. Para Vallejo contar es descubrir recreando con la mayor fuerza posible la realidad descarnada que es su materia prima. Pero, claro, tuvo problemas, porque para el país que no recuerda la memoria es una amenaza, una vergüenza que nadie está dispuesto a aceptar (Murillo, 2003).

Motivado por tal iniciativa, tal vez al asumirla como adecuada, consecuente con las necesidades (individuales y colectivas) de las sociedades latinoamericanas y de paso como recurso para

desembarazarse del lastre garciamarquiano, aparece la figura de Abad Faciolince, quien da continuidad al texto biográfico, testimonial y memorístico con intención de determinar e interpretar los estados de afectación psíquica de los sujetos al permanecer expuestos, sin remedio, al influjo de las instituciones estatales (*Fragments de amor furtivo*, 1998); apuesta incluso por denunciar la degradación corrupta de medios y agentes al servicio de la organización del Estado (*Angosta*, 2003) y aborda la desublimación del arte (*Basura*, 2000). De otro lado, Franco Ramos da continuidad a este propósito crítico del terror y la violencia aportando a la sicaresca¹⁰ (*Rosario Tijeras*, 1999) y finalmente desidealiza el sueño americano al exhibir las condiciones que median en su materialización. (*Paraíso travel*, 2000).

Por su parte, en el marco de la novela biográfica, intimista, memorística y de autoficción aparece Santiago Gamboa. Se mueve en el género de lo policial, de la novela negra urbana. Desciende a lo más marginal de la contra-cara de la ciudad para mostrar ese otro mundo existente y negado en donde se ubica a los marginales de la sociedad. *El síndrome de Ulises* representa, grosso modo, la negación categórica del ideal de los latinoamericanos



¹⁰ Al respecto pueden leerse los textos de Erna Von der Walde: "La sicaresca colombiana: narrar la violencia en América latina", en: www.nuso.org; Margarita Jácome (2009) y la entrevista a Héctor Abad Faciolince hecha por Jaime A. Orrego en: www.escritoresypreiodistas/NUMERO27

de encontrar en Europa el espacio y las posibilidades para el desarrollo íntegro de su personalidad. Son sujetos marginales que cifran la esperanza de encontrar acomodo en el mundo capitalista emigrando. El periplo efectuado por los personajes, las circunstancias en que se da la búsqueda, las consecuencias, el contraste entre lo abandonado y lo obtenido configura un panorama desolador, desesperanzador y define la condición civilizada, hiperdesarrollada e industrializada de culturas de primer orden como una cortina de humo para atenuar su decadencia moral. El mismo propósito crítico encuentra continuidad en la propuesta de Mario Mendoza. En *Satanás* (2002), recrea la ubicuidad del mal, reconstruye de manera crítica la forma en que se propala, devela los efectos a todo nivel de la expansión de esta epidemia. En *Los hombres invisibles* (2007) da cuenta de la alienación y exterminio de las últimas comunidades indígenas, denuncia el genocidio, desmantela las argucias discursivas que se esgrimen para justificar el abuso. En *Buda blues* (2009) la posibilidad de superar el bache de la violencia, la incomunicación y la indiferencia radica en la capacidad de resiliencia que genera la lectura crítica.

Andrea Fanta, en *Naratives of Abandonment* (2007) analiza la obra de Gamboa, Abad Faciolince y Mendoza. El marco teórico es propuesto por Jean Baudrillard, quien cuestiona la historia a partir de su relación con hombres residuales, artífices de sociedades marginales consumidas por el capitalismo y las canecas de la historia. Desde este punto de vista cabe pensar que a la par de la resemantización de conceptos como historia,

En Colombia existe la libertad de expresión... ni más faltaba, claro que sí... sólo que también es igualmente válido el derecho adquirido de “ajustar cuentas” a quien ha hecho de la crítica su profesión, para menoscabo de la “buena estampa” de los padres de la patria criticados

individuo y democracia, propios de un proceso de resistencia, se han gestado modificaciones autónomas en modos de pensar. Esto es, se ve al individuo como un sujeto apartado de los procesos, marginal del capitalismo, que hace resistencia a este proceso oficial de marginación creando versiones paralelas a las instancias respecto a las cuales es marginal. Así es posible hablar de una *parasociedad*, *parahistoria*, *parademocracia*, igualmente válidas en tanto se instauran como mecanismo de permanencia de los considerados desechables por los regímenes oficiales. La intención de la literatura no es la de representar esta realidad o la de trasponer al plano de las letras la realidad marginal de los sujetos apartados del orden instituido por los institutores del orden; la intención es hablar de enfoques complementarios de las versiones oficiales.

Me explico: a todo concepto avalado por el discurso oficial, a todas las verdades por él instauradas se corresponde un *paraconcepto*, una *paraverdad* (que no es necesariamente una mentira). En el plano del arte se puede hablar incluso de una *paraliteratura*. La intención de los autores abordados será, en consecuencia, la creación de un lenguaje propio de lo marginal, un lenguaje consecuente con la expresión de esa condición de marginalidad, de desposesión múltiple del sujeto, de representación del *paramundo* y la *paracultura* que ha colonizado. Se es marginal en una sociedad en que la heterodoxia política ideológica es improbable o silenciada a través del régimen de terror que impone el totalitarismo absolutista instalado.

En Colombia existe la libertad de expresión... ni más faltaba, claro que sí... sólo que también es igualmente válido el derecho adquirido de “ajustar cuentas” a quien ha hecho de la crítica su profesión, para menoscabo de la “buena estampa” de los padres de la patria criticados. Es la lógica que prevalece y en la cúspide de esta cadena que alimenta la violencia está el poderoso, a quien no falta ayuda del hampa hambrienta, para salvaguardar su buen nombre y el de su prójimo. Se es marginal cuando se milita en el deísmo gnóstico o en el ateísmo exacerbado, cuando se carece de poder adquisitivo en una economía precaria con delirio de autosostenibilidad, marginal en tanto se carece

de elegancia, belleza, glamour: indispensables para encajar en la sociedad de consumo.

Los interrogantes derivados son numerosos: ¿hacia dónde se dirige este afán de hacer parte de la lógica globalitaria? ¿qué repercusiones trae en realidad a las sociedades y a los individuos hacer parte del proyecto mundial de homogenizar el mundo? ¿en qué medida estamos obligados a aceptar como propia la macro historia del mundo a despecho de la micro historia americana? Por otra parte, ¿cómo pensar el mundo, la historia, el ser, su existencia basados en sistemas filosóficos instaurados sin purgar los prejuicios maniqueos sobre nuestro mundo, historia, ser y existencia? Quizás, a modo de consuelo, huelga decir que la literatura colombiana de principios de siglo procura perspectivas analíticas desde lo testimonial, lo policial, lo urbano, lo histórico etcétera, de este proceso de marginalización que afecta a las culturas menores.

En el universo representado en sus páginas el fenómeno deconstruido exhibe toda su dimensión problemática: el mundo como totalidad se divide en dos partes, una de ellas oficial y minoritaria, perfilada por los agentes y detentores del poder, por los regímenes absolutistas y sus auspiciantes, por sus títeres (las clases dirigentes), por los monopolios financieros, por las multinacionales, por el Estado y las instituciones aliadas: ellos conforman el centro. La otra parte integral del mundo se ubica en la periferia, desde allí pugna por participar un sector amplio, afectado

Literatura y filosofía en Colombia

Reconocer propuestas estéticas trascendentes en el ámbito de la producción literaria nacional ha generado el oficio de *crítico minimalista*. La definición refiere no tanto un concepto, una actitud cuya actualización implica profundidad analítica en la práctica de un razonamiento desconfiado orientado a contra-argumentar las imprecisiones valorativas de pseudos-expertos irresponsables. Ya en su primera fase de aplicación metódica a la evaluación del objeto que le concierne, no deja de resultar sarcástico que ilustre con rigor la



por la realidad establecida, utilizado de manera tendenciosa en la legitimación de tal orden, sobornado a partir de las prebendas que genera la participación relativa (me refiero a mayor o menor grado de acceso al dinero) en el sistema capitalista consumista; son individuos acosados, perseguidos, masacrados y reducidos cuando sus iniciativas ponen a tambalear los cimientos del orden central. Hacia donde se mire pueden ubicarse desechos de este orden social, sujetos prescindibles, por voluntad, ajenos, ignorantes de los mecanismos que hacen mella en su capacidad de crítica. Sólo una pequeña minoría permanece consciente de tales estratagemas de control; son los desesperanzados, exiliados, evadidos, desencantados, desadaptados, cuya historia ilustra los efectos devastadores que puede generar el mutismo, la abulia o la pasividad frente a la dominación del sujeto.

magnitud extensa del problema, casi inabarcable, en la siguiente expresión apologética de la brevedad: *los volúmenes de nuestra auténtica literatura nacional pueden acomodarse holgadamente en una biblioteca frágil y estrecha*. Esto, más que sentencia fatalista, es un hecho verificable, amén de la generosidad del subjetivismo ingenuo que apretuja en los mismos anaqueles títulos indignos. Quizá pueda reconocerse en el deseo de sobre valoración de nuestras letras cierta motivación patriótica cuya única consecuencia manifiesta ha lastrado

la crítica literaria con un ambigüismo incapaz de identificar textos con auténtico valor estético. La afirmación de esta vulgarización degenerativa puede muy bien ser consecuencia de la irrupción del nuevo siglo y la imposición de su lógica. Por esa razón deviene la modificación de conceptos que redujo la tarea de la crítica honesta a rescatar del cúmulo de “productos artísticos” la página significativa. Al buen lector, crítico devoto, que rehúsa banalizar su oficio le queda apenas separar de la hediondez de lo mediocre aquello ínfimo que resulta digno; es su deber distanciar de la oferta infinita de *artículos de mercadería* la materialización finita del arte, asimismo esquivar la actitud masificada de sacrificar la objetividad a favor de la legitimación de políticas totalitarias que hacen del arte y la literatura uno más de los productos de intercambio cosificados por el modelo capitalista.

No es objeto del presente texto demostrar o desmentir el carácter universal de la literatura colombiana, tampoco reconocer el mérito de su actividad creativa que pese a soportar participaciones infortunadas que le empobrecen ha logrado incorporarse de manera precaria pero representativa, es decir, no recurrente, ni mucho menos concurrida, al flujo de la literatura universal. Querer ampliar la muy breve lista de *autores* nacionales a fuerza de arbitrariedades y juicios carentes de argumentación es, según nuestro criterio, un sofisma insostenible. En su lugar debe prestarse atención a la idea que ubica en la crítica seria el primer estadio de depuración del arte literario. Para el *crítico minimalista*, más sensato que perseguir lo impensable será repensar que los afanes modestos se concretan si corresponden a propósitos conscientes de sus probabilidades. Sin otras razones, el discurso aquí vertebrado argumenta los modelos de distanciamiento o aproximación (propios de

nuestra producción) a la definición inadecuada del concepto de universalidad, redimensiona la equivalencia actual entre universalidad y legitimación masificada (muchas veces de propuestas narrativas intrascendentes orientadas a la instalación del espíritu competitivo y egocéntrico de la sociedad moderna), evalúa el carácter universal existente en la literatura artífice de la divulgación general de estereotipos definitorios de identidades culturales, con la esperanza idealizada de incentivar la necesaria reelaboración de núcleos genéticos inherentes a la producción literaria nacional.

En este punto conviene reconocer que las directrices de análisis convenidas obligan a la adopción de perspectivas globales que, de hecho, pueden juzgarse relativizadas considerado el número de obras escogidas. Como sea, la definición de un corpus de investigación reducido, por un lado, no es insuficiente, y, del otro, no constituye un impedimento para identificar en el campo de producción artística nacional las tendencias predominantes que integran el conjunto. En la interpretación de los elementos pueden reconocerse posturas poco éticas, justificadas en la lógica comercial mercantilista, entre ellas iniciativas facilitadoras de su retranscripción a otros formatos —el cine y la televisión— que ilustran el surgimiento de cierto tipo de canon prosaico derivativo. De forma semejante, es viable ubicar apuestas simbólicas reflexivas que redimen el propósito último de la literatura: más allá de recrear la realidad y difundir la imagen de su cultura, ella pretende el develamiento de estructuras conceptuales significativas en procesos epistemológicos de cualquier época y contexto. En Colombia, gran parte de la producción literaria contemporánea fija su apuesta estética en el cuestionamiento de disposiciones tipificadoras del pensamiento primitivo que hacen

Gran parte de la producción literaria contemporánea fija su apuesta estética en el cuestionamiento de disposiciones tipificadoras del pensamiento primitivo que hacen de la contemplación inofensiva, la aceptación resignada y acrítica de la realidad violenta, de un proyecto de nación fallido

de la contemplación inoficiosa la aceptación resignada y acrítica de la realidad violenta de un proyecto de nación fallido (los rasgos característicos de nuestra cultura) y, a su vez, procura la anulación del perspectivismo localista que obstruye la inclusión de nuestro pensamiento en la dinámica de corrientes filosóficas universales. La pregunta que nos atrevemos a formular es: ¿alcanzan todos estos textos contestatarios afines carácter universal? Las obras de Santiago Gamboa, Jorge Franco Ramos y Mario Mendoza (usando como referente de contraste los nombres de Héctor Abad Faciolince y Laura Restrepo) serán abordadas en estas páginas.

Si se pretende seguir un estricto orden cronológico, corresponde hablar en primer término de, *Angosta*. 2003, año de su publicación, no delimita el margen temporal que marca una ruptura en la tendencia general universalizada que asume el *realismo* como aspecto temático preponderante en la creación de universos narrativos. Si bien la obra señala la continuidad de dicha disposición, igualmente explícita una refutación estética parcial del hiperrealismo crítico que surge como respuesta al realismo mágico maravilloso. El campo en cuestión inscribe a través de la figura de Abad Faciolince un enfoque valorativo de la realidad, desmitificador del virtuosismo imaginativo –realismo mágico– como herramienta inmodificable en el proceso constructivo de la novela. En su obra este tipo de artificio resulta inadecuado debido a su interpretación inexacta. Ha de escribirse que para la mayoría el proyecto narrativo del Nóbel no pasa de ser un acumulado de historias infinitamente entretenidas. Está claro que dicha forma de entendimiento aún no logra comprender que la encarnación en tipos y caracteres de ideas propias de un pensamiento primario, en lugar de describir, pretende la generación de conciencia. Por otro lado, la misma apuesta reniega del espíritu ponzoñoso –Fernando Vallejo– albergado en ciertas literaturas que son apenas diatribas expositivas de estados de degradación ajenos a nadie. Ambas propuestas resultan inadecuadas a causa de un hiperbolismo exacerbado. Es decir, la noción de realidad se difumina entre el milagro y el insulto.

Al igual que las propuestas anteriormente descritas, Abad Faciolince reivindica en su apuesta una inclinación ideológica inconfundible, contestataria de procesos sociales, tan universales como nocivos, que operan en contravía de la participación igualitaria del pensamiento disidente en la estructuración de la sociedad y la definición de la cultura. La perspectiva elaborada por el autor pretexto la representación de la realidad usando como recurso la relación de hechos desnudos, mientras ilustra de modo paralelo cómo el proyecto de instauración de una protocultura desdibuja los perfiles de otra cultura, la nuestra, auténtica pese a su hibridación. La intencionalidad comunicativa inmanente a la obra señala un grado de conciencia diferente de la condición acrítica de sociedades adictas a los recursos expresivos usados por instancias gubernamentales desleales para la propalación de su discurso hegemónico. El nuestro es el caso inconfundible de una sociedad ignorante sin conciencia de la relación maniquea establecida. En esta obra, la crisis que tipifica la realidad actual no se atribuye simplemente a la yuxtaposición descortés del pensamiento moderno, aún incomprendido, sobre la base del pensamiento primitivo, o a la abulia existencialista que genera el estado pútrido de la sociedad. Como medio explicativo, Abad Faciolince hace uso de la hiperbolización altruista: *Angosta*, un espacio de connotaciones dantescas, no es una ficción, es la metáfora que ilustra el estado último de toda sociedad víctima impasible de regímenes fascistas.

El entorno social resultante no provee las condiciones necesarias al desarrollo pleno de los sujetos. En el presente, bien sea real o ficcional, no existe ningún tipo de relación idílica probable: el preconizado *locus amoenus* es tan sólo una utopía de académicos románticos. Sin importar cuáles sean sus inclinaciones, ideologías, posturas, la ética civil de la cual se consideran militantes, la actitud con que encaran la realidad, ésta no genera alternativas que faciliten la resolución del conflicto existencialista que crea en la interioridad del yo la sensación de ser un inadaptable social. En esta sociedad, que se ufana de ser moderna y en donde paradójicamente no existe espacio para el ser pensante, el

drama del *ser* y el *deber ser* sugieren en el binomio antitético de la negación reflexiva frente a la aceptación de imposiciones y su aceptación irracional, la posibilidad de un idéntico final: la anulación categórica de la existencialidad. El *dasein* o ser-ahí como realidad objetiva ineludible de todo individuo, desplegada en el contexto referido por la obra, no descubre la condición de ser para la muerte a través del ejercicio exegético de la angustia del *ser* frente a la *nada*, la *temporalidad*, o el existir como proyección y autoconstrucción del sí mismo, sino como imposición externa. En consecuencia, *Angosta*, y el proyecto que integra, en su proceso de analiticidad de la existencia del sujeto halla una solución digna cuya interpretación trasciende los límites de lo denotativo. Si el texto es conciente de que la degradación es un concepto universal que ha permeado la totalidad de las esferas constitutivas de lo existente, es lógico creer que *huir*, como alternativa de solución, constituye un aspecto de orden simbólico que habla de las posibilidades de *ser* en un espacio ajeno a toda dimensión física.



Ilustremos un poco dicha dimensión para ver su incidencia en el plano argumental de la obra y de paso justificar por qué su autor recusa el realismo socialista. La historia hasta hoy construida ofrece la imagen de un pueblo viejo y necio que repite sus tropiezos a fuerza de ignorancia, incapaz de comprender su pasado, recomponer su marcha en el presente y tanto menos de planear su futuro:

artífice de su miseria, deudo de un espíritu beligerante por dignidad, declarado extinto antes que corrupto. A la izquierda se ha impuesto el silencio para favorecer el dominio de administraciones ineptas con afanes de modernización traducidos en cemento, cosmopolitismo exhibido en frivolidades y modas indumentarias, globalización de sociedades que deben ponerse a tono con las exigencias propuestas por grandes monopolios, construcción de metrópolis alienantes del sujeto, supresoras de sus derechos fundamentales. El sujeto y su bienestar no hacen parte de los puntos a discutir en la agenda de gobierno. Por tales razones estos espacios magnificados, promotores –en teoría– del desarrollo de la civilización, generan en cambio indiferencia y resentimiento, causas y consecuencia, que desencadenan luchas atroces por igualdad y reconocimiento, por respeto a la diferencia, lucha que según la magnitud de sus manifestaciones puede llegar a considerarse terrorismo. La incompatibilidad entre sujeto-realidad-sociedad es una verdad tan universal como inmodificable, verdad que constituye un aspecto temático central en la narrativa del autor, la misma que ratifica el carácter insoluble de una crisis que se renueva sin objeciones.

Por su parte, *Delirio* (2004), de Laura Restrepo, elabora, claro está desde otro enfoque, la misma crisis existencialista. Su discurso narrativo se incorpora a la tendencia unánime de asumir dicha problemática como característica cultural, interpretable si se entiende que toda subjetividad es refractaria de su determinado entorno social progenitor. La psique del sujeto moderno, encarnada en sus personajes, adolece un estado sostenido de perturbación que particulariza tanto la exteriorización de su conciencia problematizada como la realidad resultante. El mundo de la obra consolida un universo realista en donde todo sujeto habrá de subordinar sus opciones de acuerdo a imposiciones que reniegan de la existencia autónoma del sujeto. Aquí el panorama de soluciones incorporadas no corresponde a iniciativas aconsejadas por el autor; y si el texto alude al ensimismamiento adoptado como alternativa de salida, elabora tal noción como antigua faceta comportamental instalada con anterioridad en el seno de sociedades

La historia es el dato que permite articular discursos explicativos de la actitud ética asumida por los agentes culturales de un Estado social delimitado según influjos heterónomos definidos en la obra: el narcotráfico entronizado en el poder

consecuentemente individualistas. El hecho de recrear realidades simultáneas, incluso delirantes, que correspondan a disparates según la noción de lógica impuesta, convalida su legitimidad histórica dado que permite al individuo la soportabilidad de su existencia. Es así que el delirio, más que patología de orden psicológico, corresponde a una actitud reflexiva facilitadora de la asimilación de realidades deshumanizadas. Si la realidad se empeña en la negación del individuo, su corolario será la negación de la realidad por parte del sujeto.

Parte de las condiciones que legitiman la articulación idéntica de factores compositivos de la sociedad descrita en el texto puede hallarse a través de revisiones objetivas de eventos históricos cuya impronta permanece aún vigente en la definición de conceptos y principios sobre los cuales se regula la construcción de la “unidad social”. La historia es el dato que permite articular discursos explicativos de la actitud ética asumida por los agentes culturales de un Estado social delimitado según influjos heterónomos definidos en la obra: el narcotráfico entronizado en el poder. Esta misma historia, y su inmodificabilidad constatada, es la que genera en el sujeto el escepticismo e indiferencia que en nuestra sociedad ya han hecho carrera como tendencias ideológicas pertinentes al desbarajuste nacional, y a su vez dan testimonio de la implicación del *instinto* de supervivencia como parte de la razón. Delirar, según lo expuesto en la novela, puede ser un ejercicio nocivo que trunque el desarrollo cabal de las relaciones, sociales pero es a su

vez el recurso reflexivo que permite sobrevivir en la sociedad actual. Se instaura de este modo la locura como recurso de accesibilidad a la comprensión de toda sociedad incomprensible. Con todas sus justificaciones, aquella no se *finge*; habrá de *merecerse*.

En la obra queda claro que la temática histórica, la conciencia del compromiso social que debe adquirir el texto, la articulación de la literatura con aspectos sociales, la inclusión de ideologías políticas bien definidas partícipes en el discurso literario creado, el tono de denuncia social, la inexistencia de redes entre los personajes incapaces de crear un sistema en tanto sujetos monádicos, son aspectos que representan en el proceso creativo la conjunción de las múltiples variables que señalan el por. qué de la inadecuación del *hombre al mundo*. Si bien desde una perspectiva idealizada se habla de conceptos complementarios que cooperan en el perfeccionamiento de sus individualidades, en el plano de lo pragmático todas las evidencias apuntan a relaciones desfavorables que ocasionan la destrucción de los universos representados. Al parecer, el proyecto moderno que aspiraba a la institucionalización de doctrinas generadoras del equilibrio universal no contó que con la aparición del modelo capitalista sustentado en el acaparamiento del poder y la manipulación o control de cada una de las instancias de lo social, se preconizaría el desarrollo paralelo de la lógica individualizadora que haría de la razón un concepto confuso e infinitamente relativo.

No cabe duda de que la introspección adelantada, o proceso de autorreconocimiento de sí mismo en *Delirio*, no es la práctica orientada a la superación de estados últimos de conocimiento o de búsqueda del perfeccionamiento espiritual. Así, la finalidad del repliegue hacia la interioridad permite no tanto un análisis como la identificación de la dimensión negativa inherente a la condición humana externamente perceptible, y esto no sólo en una individualidad sino en la totalidad del conjunto de individualidades valoradas desde la subjetividad de un yo inmiscuido en un universo experiencial no necesariamente idéntico. Es conclusivo que las manifestaciones externas de su negatividad se materializan alrededor del carácter mundano de sus aspiraciones. Esta reacción valorativa de mi

presencia en la exterioridad es el resultado lógico de mi vivencia en un universo externo cuya orientación cognoscitiva ha suscitado la exacerbación del nihilismo; el individuo ha perdido su fe, las categorías del mundo externo y sus propios límites no dan cabida a la aceptación del discurso de la esperanza, por el contrario, la desesperanza es la nueva conclusión, síntesis y límite estético.

Nuestra literatura, en su sector más amplio, hace tiempo ha renunciado a la exploración de nuevas temáticas, no propone tratamientos diversos en la composición formal del texto, asimismo no aporta un enfoque diferente en la interpretación de la realidad

Melodrama (2006), de Jorge Franco, da continuidad a un proyecto narrativo realista que busca analizar en profundidad el grado de decadencia no sólo de la Medellín, meca del narcotráfico y la violencia. Su propuesta indaga minuciosamente en la degradación de las relaciones personales, reconoce el surgimiento de nuevos personajes quienes obligados a asumir actitudes que les aseguren su subsistencia se constituyen a sí mismos como símbolos, como héroes o heroínas idealizados en el imaginario colectivo de una nación. Como consecuencia es inevitable el surgimiento de nuevos espacios (las comunas, el barrio, la ciudad, los centros de prostitución), que en la obra generalizan las constantes sociales de conservación que afectan al grueso de la población mundial. Su obra establece límites diferenciales entre estratos sociales, cuya conjunción inevitable establece la disyuntiva de tomas de posición que corresponden a cada sujeto según su extracción social. El pícaro, en su versión contemporánea, es el producto de la desigualdad, sostenida por las esferas de poder que obligan a los marginados no resignados a aceptar la imposición de la miseria, la práctica de opciones antiéticas y amorales estigmatizadas por las élites

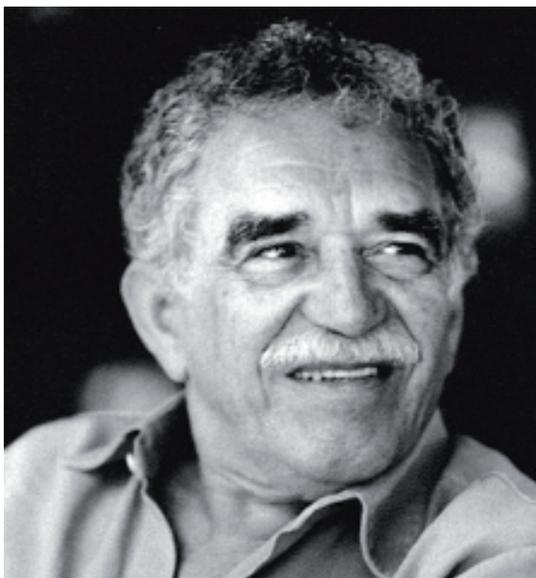
de poder, pues constituyen un tipo de arribismo amenazante de la conservación del estatu quo que les diferencia de la clase proletaria.

Este mismo arribismo corresponde al sustrato ideológico masificado que afecta categóricamente la faceta comportamental de los individuos. En el ejercicio práctico dicha actitud corresponde a la voluntad de cada uno de los sujetos de superar las condiciones socioculturales y epistémicas que constituyen su contexto primario u original. Tal es el aspecto sobresaliente tanto en nuestra sociedad como en el mundo recreado por Franco: en igualdad de condiciones se impone como imperativo categórico la superación de la condición de miseria. Somos partícipes de una sociedad cosificada y en el subsiguiente ejercicio de asimilación de sus reglas la necesidad de supervivencia aconseja al sujeto procurarse símbolos que garanticen su ascenso en la escala de jerarquías sociales y en consecuencia el reconocimiento de su yo, de su participación igualitaria en la construcción de la sociedad. Fue la actitud asumida por Pablo Escobar –personaje mencionado directa o indirectamente en cada uno de los textos tratados–. Su control real del Estado, su poder adquirido y legitimado a través de la barbarie y el terrorismo justifican de modo maquiavélico la avaricia desmedida en tanto hace de él el personaje mitificado (podría decirse beatificado), no por sus virtudes de titiritero, sino por su estruendosa salida del anonimato.

Personajes como Rosario Tijeras (en su versión literaria) y Vidal encarnan el ideal masificado de la clase arribista. Y no por la necesidad de aceptar que para superar el obstáculo de la negación de su existencia se debe estar dispuesto al sacrificio. Lo que se valora de estos personajes no es su capacidad de soportar todo tipo de vejaciones, su disponibilidad inescrupulosa de renunciación a los preceptos de la ética mojigata generalizada, sino la materialización de su ideal, la concreción del sentido de ser. La obra redefine en ellos un tipo de posición trágica más acorde con la mentalidad imperante en los tiempos modernos, en los que el sujeto no habrá de ser reconocido por su altruismo, o por su resignación abnegada, sino por actitudes mucho más pragmáticas. De esta manera, su comportamiento señala una posición trágica a la inversa: el

héroe o antihéroe, en lugar de estar dispuesto a aceptar todo tipo de sacrificio en procura de obrar según sus principios trascendentes, está dispuesto a descender a lo mundano, hasta lo más bajo, en procura de su ideal: poder.

Arriba se expuso un sucinto comentario analítico sobre posturas valorativas explicitadas en los textos mencionados. Está claro: no existe ninguna pretensión de agotar su análisis; sin embargo, la lectura de textos colombianos publicados en años diferentes permite elaborar una breve conclusión parcial sobre el estado del arte de la literatura nacional. Desde toda lectura efectuada puede verificarse que nuestra propuesta literaria aun se halla instalada en el desarrollo recurrente de idénticas temáticas que circulan alrededor del afán deshilachado explicativo de la condición violenta y desequilibrada del sujeto moderno. La iniciativa experimental evidentemente considera inevitable la inclusión de los mismos ejes de sentido en las propuestas de diversos autores. Si bien existe una relación ineludible entre la literatura y el contexto social en que se genera, un vínculo entre el autor y las variables socioculturales de las cuales es tributario y que influyen substancialmente en su escritura, también es cierto que la literatura no agota sus posibilidades en la reconstrucción mimética de una realidad, o en la representación tajante de una identidad cultural. Más allá de estos



procedimientos, una literatura nacional debe su incorporación al flujo de la literatura universal a su variabilidad, a sus aportes a la cultura universal y no al ofrecimiento de un panorama exacto de la idiosincrasia de un pueblo.

Nuestra literatura, en su sector más amplio, hace tiempo ha renunciado a la exploración de nuevas temáticas, no propone tratamientos diversos en la composición formal del texto, asimismo no aporta un enfoque diferente en la interpretación de la realidad. Lo característico y representativo de nuestra literatura es que se ha quedado anclada en el ejercicio repetitivo *ad nauseam* de contenidos y formas trillados en exceso. Este, más que un comentario crítico despreciativo de la labor de nuestros autores, es un texto que no renuncia a su objetividad, y a pesar de su tono predominante comporta una clara intención propositiva. Si los sujetos evolucionan y con ellos las sociedades y a la par sus modos de pensamiento, es también comprensible que los sujetos, las sociedades que componen y las formas de pensamiento que generan con proyecciones futuristas valoren su pasado, pero de él un lastre frívolo e imprescindible. Al parecer a los novelistas colombianos la demanda les impuso el monotematismo.

La universalidad no es una cuestión momentánea, ni siquiera depende del reconocimiento otorgado a las novelas *Angosta*, *Delirio* y *Melodrama* por autores de talla universal como Vallejo, Saramago y García Márquez, respectivamente. No se desmiente su condición de novelas significativas merecedoras de los galardones obtenidos, pero también puede existir la probabilidad, y esto es sólo una conjetura, de que aquellos autores de renombre ya envejecidos por el tiempo se sientan inclinados, en sus días de nostálgica remembranza del pasado, a premiar tentativas afines a sus intereses personales, tal vez porque les resulta gratificante ver en sus discípulos la posibilidad de perpetuación de su nombre. En definitiva, si en la universalización de una apuesta literaria intervienen aspectos tan diversos como la disponibilidad del jurado, su estado anímico y el favor de la crítica, nuestra literatura debe estar en condiciones, incluso en ausencia de los aspectos antes mencionados, de demostrar su auténtico valor estético, su carácter universal.

Bibliografía

- Abad Faciolince, Héctor. 2002, "Una crisis de fe", en *El malpensante*. Bogotá, N° 38, may 1-, junio 15.
- 1991, *Malos pensamientos*. Medellín, Universidad de Antioquia.
- 1994, *Asuntos de un hidalgo disoluto*. Bogotá, Tercer Mundo editores.
- 1995, *Tratado de culinaria para mujeres tristes*. Medellín, Celacanto editores.
- 1998, *Fragments de amor furtivo*. Bogotá, Alfaguara.
- 2000, *Basura*. Medellín, editorial Lengua de trapo.
- 2002, *Palabras sueltas*. Bogotá, Seix Barral.
- 2003, *Angosta*. Barcelona, Seix Barral.
- 2006, *El olvido que seremos*. Bogotá, Planeta.
- 2009, *Trampas de la memoria*. Bogotá, Alfaguara.
- 2004, *Palabra de América (Antología)* Barcelona, Seix barral.
- Ángel, Victoria Eugenia; Henao, Luz Marina; Henao 2009, Luz Adriana, *La realidad reiniciada. Crisis de las certezas y pensamiento transversal*. Pereira, Universidad tecnológica de Pereira.
- Baudrillard, Jean. 2000, *El intercambio imposible*, Madrid, Cátedra.
- Benjamin, Walter. 1989, "La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica", en: *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires, Taurus.
- Borradori, Giovanna. 2003, *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jurgen Habermas y Jacques Derrida*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre. 1995, *Las reglas del Arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona. Anagrama.
- Carpentier, Alejo. 2003, *De lo real maravilloso americano*. México, UNAM.
- Cassirer, Ernest. 1945 *Filosofía Antropológica*. México, Fondo de cultura económica. Primera edición en español.
- Collazos, Oscar. 1970, *Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. Literatura en la revolución y revolución en la literatura. (Polémica)* México, Siglo veintiuno.
- Cote Baraibar, Ramón. 2007, "Poesía colombiana en la década del noventa", en: *Gran enciclopedia de Colombia. Literatura II*. Bogotá, Círculo de lectores.
- Cruz Kronfly, Fernando. 1994, *La sombrilla planetaria: ensayos sobre modernidad y postmodernidad en la cultura*. Bogotá, Planeta.
- 1998, *La tierra que atardece: ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad*. Bogotá, Ariel.
- 1994, *Doce interrogantes sobre modernidad, cambio y gestión*. Cali, Universidad del valle.
- Eco, Umberto. 2001, "Estructura del mal gusto", en: *Apocalípticos e integrados*. Barcelona, Tusquets editores.
- Enzensberger, H.M. 1963, "Aporías de la vanguardia", en: *Revista Sur*. Buenos Aires, N° 285. nov-dic.
- Fanta, Andrea. 2007, *Narratives of abandonment: colombia's cultural production from 1990 to 2007*. En: www.deepblue.lib.umich.edu
- Follari, Roberto. 2003, *Teorías débiles. Para una crítica de la deconstrucción y los estudios culturales*. Rosario, Homo sapiens.
- Franco Ramos Jorge. 2006, *Melodrama*. Mondadori.
- 1999, Rosario Tijeras. Mondadori.
- 2000, Paraíso Travel. Mondadori.
- García Márquez, Gabriel. 1962 *Literatura colombiana, un fraude a la nación: una literatura de hombres cansados*, en: www.sigma.poligran.edu.co
- Giraldo, Luz Mery. 2002, *Antología del cuento bogotano*. Bogotá. Alfaguara.
- Giraldo, Luz Mery. 2000, *Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon. 1978-1995*. Bogotá, Ceja.

- Habermas, Jürgen. 1997, *Conocimiento e interés*. Valencia, Universitat de valencia.
- Horkheimer, Max y Theodor, Adorno. 1988, "La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas", en: *Dialéctica del iluminismo*. Buenos aires, Sudamericana.
- Husserl, Edmund. 1997, *La filosofía en la crisis de la humanidad europea*. Valencia, Unisversitat de Valencia.
- Jácome, Margarita. 2009, *La novela sicaresca. Testimonio, sensacionalismo y ficción*. Medellín, Eafit.
- Jaramillo Mahut, Mónica M. 2000, "La evolución de la idea de inconsciente en la fenomenología de Husserl", en: *Fenomenología en América Latina*. Bogotá, Universidad San Buenaventura, pp. 259 - 273.
- Jiménez, David. 2007, "la poesía desde 1970", en *Gran enciclopedia de Colombia. Literatura II*. Bogotá, Círculo de lectores.
- Ludmer, Josefina. 2007, "Literaturas posautónomas", en: *Ciberletras: revista de crítica literaria y de cultura*, N° 17, en: www.dialnet.unirioja.es.
- Malabou, Catherine. 2008, *La plasticidad en el atardecer de la escritura. Dialéctica, Destrucción, Deconstrucción*. Pontevedra, Ellago.
- Martín Barbero Jesús. 2003, *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Martín Barbero, Jesús. 1995, "Arte del fin del siglo", en: *Revista Número*, N° 7 ago, -oct. Bogotá.
- Moreno Durán, R. H. 2002, *De la barbarie a la imaginación: la experiencia leída*. México, Fondo de cultura económica.
- Murillo, Javier. 2002, "Prólogo", en: Vallejo, Fernando *El río del tiempo*. Bogotá, Alfaguara.
- Orrego, Jaime. Entrevista hecha a Héctor Abad Faciolince en: www.escriitoresyperiodistas/NUMERO27
- Ortega y Gasset, José. 1963, "Velázquez". en: *Revista de Occidente*, Segunda edición.
- Ospina, William. 2001, *Los nuevos centros de la esfera*. Bogotá, Aguilar.
- Restrepo, Laura. 2004, *Delirio*. Alfaguara.
- Trujillo Montón, Patricia. 2007, "La narrativa colombiana del siglo XXI", en: *Gran enciclopedia de Colombia. Literatura II*. Bogotá, Círculo de lectores.
- Von der Walde, Erna. (s.f.), "La sicaresca colombiana: narrar la violencia en América latina", en: www.nuso.org